

TRÁNSITO DE SAN BENITO
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
21 de marzo de 2009

Queridos sacerdotes de las parroquias vecinas de Montserrat; estimados todos, hermanos y hermanas en el Señor:

Hoy los monjes celebramos con alegría el Tránsito de san Benito. Es decir, el día que nuestro Padre en la vida monástica, sostenido "en los brazos de los discípulos, entre palabras de plegaria, entregó el último aliento" y entró a participar de la gloria de Jesucristo (cf. San Gregorio Magno, *Diálogos* II, 36).

Esta fiesta nos muestra, pues, el resultado y el sentido de vivir según el Evangelio; y, también, de vivir según la Regla que san Benito mismo escribió para ayudar a los monjes a hacer vida el Evangelio. El itinerario existencial recorrido por nuestro Padre san Benito desde su juventud hasta su muerte, nos muestra que, a medida que se adelanta por el camino espiritual, se va corriendo con el corazón ensanchado fieles a la Palabra evangélica y con la dulzura del amor a Dios y a los otros (cf. *Regla de san Benito* (RB), Prólogo, 49). Con lo cual se va creciendo en la realización personal y en la paz del corazón. Eso es fruto de la gracia divina y de la respuesta sincera que uno va dando.

En nuestro tiempo, encontramos a menudo quien tiende a creer que Dios y la persona humana son incompatibles. Y por eso llegan a ahogar a Dios. Como si la fe en Dios anulara la libertad humana, oprimiera la conciencia y empequeñeciera la personalidad del creyente. La vida de san Benito, en cambio, como la de tantos hombres y mujeres discípulos de Jesucristo, nos hace ver que no es en absoluto así; que Dios no es enemigo del hombre, que no tiene sentido contraponer al Creador a su criatura. Al contrario, la criatura humana recibe de Dios su existencia, su capacidad de ser, de pensar, de usar de su libertad, de amar, de establecer un diálogo cordial con Dios, etc. Y lo recibe por el amor sin límites que Dios le tiene. Y por eso el creyente puede desarrollar plenamente todas las potencialidades de su ser persona, incluida la apertura amorosa a la trascendencia, tal como enseña san Benito al final de su escala hacia el amor perfecto descrita en el capítulo siete de su Regla (cf. RB 7, 67-70).

Este itinerario está centrado en Jesucristo, el Señor que san Benito amó por encima de todo (cf. RB 4, 21; 72, 11). La Regla benedictina nos enseña de una manera concreta el camino del encuentro personal con Cristo, vivido en la comunidad de los hermanos. Es un encuentro liberador. A menudo la autosuficiencia nos puede llevar a creer que nos podemos liberar solos del propio mal, del propio sufrimiento, de aquello que nos agobia, que nos hace experimentar la debilidad y la soledad más radicales. Y no es así. Sólo Jesucristo nos puede liberar radicalmente. Él que es nuestro perdón, el médico de nuestros males, el que nos hace libres para tomar responsablemente las decisiones, el que por la gracia de la Palabra acogida y de los sacramentos nos va renovando cada día. Y nos lleva a ser personas nuevas, transfiguradas, iluminadas por la gloria del Resucitado. También cuando tenemos que participar del sufrimiento.

Son muchas las personas que experimentan de una manera intensa la soledad, que están llenas de dudas, de preguntas sin respuesta. Los hombres y mujeres del s. XXI muy a menudo se encuentran perdidos entre los mil caminos que les ofrece la sociedad (líquida), sin saber en muchos ámbitos dónde está el bien y dónde está el mal. En nuestro contexto histórico, san Benito continúa invitándonos a encontrar en Jesucristo la vida y la verdad. No nos propone un discurso abstracto, sino que nos

invita a hacer experiencia del Cristo viviente. Más que ofrecernos unas ideas bonitas y una serie de valores de alto nivel, nos enseña a poner a Jesucristo en el centro de nuestra vida y a encontrar en él el sentido de nuestra existencia y el de la humanidad entera. San Benito nos enseña a encontrar en Cristo la fuerza y la luz para afrontar las cuestiones nuevas y antiguas que nos plantea nuestro momento social e histórico. Sin embargo, por eso, y es también san Benito quien insiste en su Regla, hace falta la plegaria de invocación para que aquello que no puede nuestra debilidad lo lleve a buen término la gracia divina (RB, Prólogo, 41).

San Benito, por don de Dios y fruto de su trabajo espiritual, es, como dice la liturgia de hoy, maestro de vida, monástica y cristiana; con sus enseñanzas mueve a las personas que entran en contacto con su magisterio, a buscar a Dios de verdad siguiendo el camino del amor a Jesucristo (cf. Prefacio propio). Por eso, además de instruirnos sobre la centralidad de Cristo en la creación y en la vida de la humanidad, san Benito nos muestra pedagógicamente cómo nos tenemos que ir trabajando interiormente para liberarnos y llegar a ser tal como Dios nos ha pensado al llamarnos a la existencia y a la fe cristiana. De esta manera vamos integrando nuestra personalidad y vamos haciendo la unidad de nuestro interior. Y al mismo tiempo vamos trabajando para superar las divisiones en la convivencia fraterna con los otros, como un signo para el mundo de que, en Cristo, no hay ninguna división que sea insuperable.

Éste es otro punto de la enseñanza benedictina. Si, por un lado, hay que ir poniendo a Cristo en el centro de nuestra vida personal, por el otro, hay que tener presente que Jesucristo se encuentra en la comunidad; en la comunidad monástica y en la comunidad eclesial. Porque la fe cristiana, en tanto es vivencia del encuentro personal con Jesucristo, es inseparablemente encuentro del Cristo en la Iglesia. Efectivamente, es en la Palabra que es proclamada y en los sacramentos que son celebrados donde encontramos el perdón, la vida y la libertad interiores. Y en el amor a los hermanos que comparten la fe, descubrimos el verdadero Pueblo de la Alianza, sacramento para toda la humanidad del amor y de la salvación de Dios y signo de la unidad del género humano (cf. *Lumen Gentium*, 1). Este encuentro del Cristo en la Iglesia junto con el dinamismo espiritual mismo de la comunidad cristiana, hace que el ser humano se vaya liberando del propio subjetivismo y de la propia pretensión de salvarse solo y se abra a una realidad llena de vida y de alegría.

A la vez que nos disponemos a dar gracias a Dios por el magisterio de san Benito centrado en Jesucristo, nos disponemos, también, a acoger la presencia de Cristo en medio nuestro para adentrarnos más y más en el camino de la transformación personal y comunitaria. Transformación personal para reproducir en nosotros la imagen de Jesucristo. Transformación comunitaria para construir el Pueblo santo de Dios unido en el amor. Hagamos acción de gracias, eucaristía; cantemos alabanzas a nuestro Creador por la sabiduría de su designio salvador hecho realidad en Cristo (cf. RB 16, 5).